

---

**Juan Herrero Senés** (ed.): *Mundos al descubierto. Antología de la ciencia ficción de la Edad de Plata (1898–1936)*, Sevilla: Renacimiento (Biblioteca Más Allá, 3), 2021.

Reviewed by **Álvaro Ceballos Viro**, Dépt. de Langues et Littératures Françaises et Romanes, Université de Liège, Place Cockerill 3/5, 4000 Liège (Belgique), E-Mail: a.ceballosviro@uliege.be

<https://doi.org/10.1515/iber-2022-0016>

“You are working on virgin ground. The whole field of science is your oyster to open with your pen and extract the pearl of steady job and good pay”, escribía Hugo Gernsback en 1930, dirigiéndose a los autores *amateur* de fantasía científica. Un par de años antes, en 1926, él mismo había empleado por primera vez la etiqueta *scientifiction* –luego *science fiction*–, con la que hoy identificamos esa tierra virgen que los escritores de principios del siglo XX comenzaban a cartografiar.

“Nuevos mapas del infierno”, *New Maps of Hell*, fue precisamente el cartográfico título que Kingsley Amis dio en 1960 a un influyente ensayo sobre la ciencia ficción. Allí se encuentra una de las definiciones más elegantes y operativas del género, al menos en sus manifestaciones literarias: las narraciones de ciencia ficción son aquellas cuya trama se sustenta en una innovación científica (o pseudocientífica) especulativa. Es obvio, no obstante, que ese tipo de literatura especulativa existía con anterioridad al significante “ciencia ficción”: las novelas

de Mary Shelley, Jules Verne, Herbert G. Wells y el costumbrismo futurista de Louis Sébastien Mercier, Antonio Flores o Edward Bellamy dan testimonio palmario de ello.

En *New Maps of Hell*, Kingsley Amis excluía la península ibérica de los territorios en los que la ciencia ficción, ya en las primeras tres décadas del siglo XX, había penetrado en la cultura de masas. Nil Santiáñez, con *De la Luna a Mecanópolis*, demostró en 1995 que no había tal excepción; *Mundos al descubierto*, la reciente antología de Juan Herrero Senés, pone sobre el tapete 24 testimonios de esa ciencia ficción española *ante litteram*, enfatizando la presencia que tuvo el género en la prensa gráfica y en la novela de kiosco de la Edad de Plata. Solo tres de esos textos se hallaban presentes en la recopilación de Santiáñez, y otros dos en los *Cuentos futuristas* reunidos en 2000 por la editorial Clan.

¿Qué interés presenta este tipo de prospección arqueológica en la ciencia ficción peninsular? Una respuesta posible procede de la genealogía de la modernidad, entendiendo por modernidad aquellas prácticas culturales que derivan del pensamiento ilustrado y de la revolución industrial. Los pioneros españoles del género legarían a las letras españolas el abolengo que da toda sincronía con la ficción producida en países más industrializados (y dejemos para otro momento la cuestión de si de ese abolengo se halla justificado o de la relación existente entre estas reivindicaciones historiográficas y el nacionalismo cultural).

Esa modernidad no solo se traduce, claro está, en el ensalzamiento de la razón y de la tecnología como fuentes de bienestar, sino que también comporta el movimiento contrario, el escepticismo respecto de las bondades del programa ilustrado, y es la abundancia de esta tendencia antitecnológica una de las cosas que más llaman la atención al leer *Mundos al descubierto*. Ángeles Vicente, José Ortega Munilla, Marcos R. Blanco Belmonte y Ramón Gómez de la Serna presagian que las fuerzas desatadas por la Ilustración conducirán ni más ni menos que a la destrucción de la Humanidad. Pero esta es otra de las fuentes posibles de la fascinación que suscitan estos relatos precursores: su calidad oracular, sus aspectos admonitorios, la posibilidad que nos ofrecen de revisar vías abandonadas de progreso. Con ellos visitamos futuros de los que, por el momento, nos hemos librado, y que ya tienen para nosotros algo de ucronías.

Esta antología ofrece asimismo datos singulares sobre la *vulgata* astrofísica de nuestros bisabuelos. La idea de que la radiación es fuente de energía aprovechable parece haber calado en quienes escriben ya en el siglo XX, e incluso hay algún autor especialmente intuitivo que imagina viajes espaciales propulsados por la luz (posibilidad teórica actualmente reconocida). En ese sentido, los textos firmados por Eduardo Bertrán o por Santiago Ramón y Cajal pueden calificarse de auténtica *hard science fiction*, y el periodismo del futuro vaticinado por Vicente Vera se revela asombrosamente atinado. A cambio, en los demás relatos hallamos

una y otra vez alusiones al éter y a fenómenos tan peregrinos como la permanencia de las imágenes en la retina, el magnetismo animal, los microbios carcinógenos o la hibernación de seres humanos.

Estos *Mundos al descubierto* también componen una “tópica distópica”, un repertorio de lugares comunes de la degeneración social. Sus narradores se espantan ante la posibilidad de que la identidad quede reducida a un número, de no volver a disfrutar de los sabrosos y cárnicos menús de la Restauración, de asistir a la desaparición de la familia, de que el arte caiga en la insignificancia, de que se extingan las religiones, desaparezcan los rituales de seducción y, en resumidas cuentas, de que las pasiones y el genio individual queden definitivamente subordinados al pensamiento lógico y al igualitarismo. No son pocos los autores que, en mayor o menor medida, cultivan esta tópica; Ramón Pérez de Ayala y Miguel A. Calvo la superponen explícitamente al comunismo, y Luis Antón de Olmet añade al catálogo de desilusiones la pérdida de los pequeños placeres castizos, como tararear zarzuelas o echar la tarde en los toros.

A la colmena deshumanizada de la ciudad futura se opone en ocasiones el remanso de paz y de virtudes de la vida campesina: en los textos de Olmet y de Blanco Belmonte vemos resurgir este lugar común que tiene por afluentes el *beatus ille* renacentista, la «honra villana» barroca y la España rural idealizada por Fernán Caballero.

No todos los textos recogidos en esta antología responden a la definición propuesta por Kingsley Amis: ni todos contienen ciencia especulativa, ni todos se dejan adscribir a lo que habitualmente entendemos como «ficción». En la mayoría predomina lo descriptivo, quedando poco espacio para la peripecia y la aventura. Los relatos de Olmet y de Calvo se cuentan entre los más sugestivos: en ellos hallamos un eco del *sense of wonder* que instilan las novelas de Verne, las ilustraciones de Albert Robida o las películas de Georges Méliès. Lo que sí que logran todos es abrirnos la puerta a curiosos futuros pretéritos, componiendo así un pequeño catálogo de *infiernos*, de esos infiernos que obsesionaban a los autores de la Restauración y con los que seguimos dialogando hoy en día. Hay muchos motivos para felicitarse, por lo tanto, por la aparición de esta antología, integrada a la “Biblioteca Más Allá” con la que la editorial Renacimiento incursiona en un territorio hasta ahora reclamado por sellos como Valdemar o Minotauro. Solo cabe desear que en posteriores ediciones se enmienden las muchas erratas que empañan estos *Mundos al descubierto*.